

Los espacios de la violencia

The spaces of violence

Dr. Alejandro Moreno¹

RESUMEN

El artículo consiste fundamentalmente en un informe sintético sobre una importante investigación cualitativa sobre el delincuente violento de origen popular en la Venezuela actual. Siguiendo un enfoque biográfico, se han elaborado quince historias-de-vida de asesinos de diversas edades y de todo el territorio nacional, las cuales han sido sistemáticamente estudiadas con métodos hermenéuticos buscando no solo interpretar, sino comprender desde dentro de los sujetos las motivaciones principales que permiten conocer la dinámica del delincuente violento venezolano en la actualidad.

Palabras clave: Mundo de la vida, hermenéutica, delincuencia, sociedad venezolana.

ABSTRACT

*The article consist in a summary report of a qualitative research on the popular grounded delinquent in actual Venezuela. Using biographic methods, fifteen young killers life-histories from several ages had been taken across the country, and systematic analyzed through hermeneutics methods, looking not only to interpret but to fully understand** from inside the major motivations on the social dynamics of these youth. The text is a lecture presented in the Mérida International Meeting Over Violence, on June 2th, 2008.*

Key words: World of life, hermeneutics, delinquency, Venezuelan society.

¹ Doctor en Ciencias Sociales, U.C.V.,Caracas, Venezuela. cip@cantv.net

Apertura

Al abordar este tema, el primer problema que se me presenta es la abundancia de material que me toca resumir de manera coherente para comunicar los resultados de una investigación muy amplia.

Las casi mil páginas de la obra publicada en dos volúmenes (Moreno et al., 2007, 2009)², rápidamente agotada, últimamente reeditada, y las miles de otras que sirvieron como insumos para su redacción final, frutos de un trabajo de cuatro años sobre historias-de-vida de delincuentes asesinos de origen popular, pugnan por ocupar todas un lugar en esta exposición.

Hay que seleccionar y seleccionar es sacrificar. Sacrificio doloroso, pues no se trata de excluir banalidades o detalles accesorios, sino también contenidos que a quienes hemos dedicado nuestro tiempo al trabajo nos parecen de importancia capital. Inevitablemente las informaciones serán incompletas y dejarán muchas preguntas en el aire.

El estudio al que me refiero ha sido llevado a cabo por el equipo de investigadores del Centro de Investigaciones Populares, bajo mi dirección. Nos hemos esforzado deliberadamente por mantenernos fuera o por encima, si se quiere, de cualquier disciplina específica –sociología, psicología, criminología, antropología, filosofía– sin negar ninguna de ellas y pasando por todas recogiendo insumos en un intento por situarnos transdisciplinariamente, dejando abierto el campo para que los profesionales específicos elaboren sobre nuestros materiales sus propios enfoques si en ellos tienen interés³.

Me voy a referir específicamente al delincuente violento bien estructurado como tal que representa lo que considero la violencia más típica y significativa. A ellos los

hemos llamado delincuentes violentos estructurales⁴.

En nuestra investigación hemos encontrado, también, otro tipo de delincuente violento, el que llamamos accidental o circunstancial porque no está identificado con la estructura de personalidad violenta compactada sino que cae en el delito violento, aún repetidamente, pero sin que ello llegue nunca a formar parte de su propia constitución psíquica y social. Estos tienen su propio proceso, su propio ritmo y logran salir de esa vida e integrarse a la sociedad. A ellos no me voy a referir pues merecen tratamiento a parte.

Ubicaré todo el contenido de estas páginas en el marco de lo que sugiere el título: los espacios de su violencia. ¿Cómo son los violentos estructurales, dónde se forman, en qué espacios se desenvuelven, cuáles son los rasgos de su identidad?

Los espacios físico-simbólicos

La casa

Nacen ya en un lugar marcado por la violencia, un lugar donde se sufre. Antes de ser ejercida, la violencia es padecida. Este primer lugar es la casa. No se trata necesariamente de un rancho, sino de la casa popular. En los sectores populares, el rancho, con el paso de un tiempo no muy largo, se transforma en algún tipo de casa dotada de suficiente seguridad y estabilidad. Pero en todos nuestros sujetos, es una casa vacía. Llena de personas, pero vacía de lo más significativo para un venezolano: de madre.

En el vacío de madre está el núcleo de la violencia recibida.

No pensemos en la violencia intrafamiliar clásica, de maltrato físico y crueldad. No

² Moreno A. et al. (2007, 2009), “Y salimos a matar gente”, Universidad del Zulia, Maracaibo.

Todas las citas siguientes pertenecen a esta obra.

³ Hemos trabajado con el enfoque biográfico o de historias de vida siguiendo en general la orientación de Franco Ferrarotti (1983, 1986, 1987) con algunas modificaciones que ya hemos puesto en práctica en dos obras anteriores, *Historia-de-vida de Felicia Valera* (Moreno, 1998) y *Buscando padre* (Moreno, 2002)

⁴ Nuestro trabajo ha sido de tipo cualitativo, pues era la forma de abordar la violencia que en Venezuela hacía falta, dado que el aspecto cuantitativo ya desde hace tiempo ha sido ampliamente abordado. Al respecto, puede consultarse el estudio más reciente del Observatorio Venezolano de Violencia (Briceño, 2007, 2008)

hay en la historia de nuestros sujetos ni más ni menos de eso que en la de cualquier niño venezolano normal y corriente. Se trata de una violencia que toma la forma del abandono no suplido por nadie y que se manifiesta en múltiples variaciones: ausencia de padre, madre o ambos, descuido, desatención, rechazo, todo lo que late en la expresión de uno de ellos: “me negrearon”.

Por encima de todos los abandonos posibles, el verdaderamente significativo, el que se sufre como violencia absolutamente injusta e insoportable, aunque no siempre pase necesariamente a la conciencia, es el de la madre cuando esta falla en la función de exclusiva significatividad, que una larga historia convertida en cultura le ha asignado en el seno de la familia matricentrada, nuestra familia cultural (Vethencourt, 1974; Moreno, 2008a).

En el ámbito de esta violencia sufrida, en ese caldo de cultivo, soporte de su disposición a la violencia actuada, se forma la personalidad de nuestros delincuentes violentos.

Su actuación comienza muy temprano en la propia casa, luego en la escuela y en el cercano vecindario, todo ese mundo que rodea el lugar hogareño.

“Porque yo me metía bastante en problemas. ¡Cuando era niño! ¡Cónchale! Me metía bastante en problemas. No... ¡prrruuuu! Infinitades”, confiesa Alfredo (id. 103).

“Me pusieron también en un colegio. Me botaron a la semana porque me disparé de un guapo ahí, le di dos palos” (ib. 170), nos dice José.

“Vamos a ver, una historia que sea buena —narra el maracucho Juan Gabriel—, por cierto, me gustaba hacer desastres, yo era malo, me gustaba romper libros con los otros compañeros, le cogía las cosas pa’ que pelearan con otros, no conmigo; y me metía con to’, incluso a mis maestras; me sacaron de tres colegios” (ib. 365).

La calle

De esa casa marcada por ausencias claves: además de la ausencia de madre signifi-

cativa, la ausencia de familia sólida, de afecto positivo, de relaciones vinculantes, de atención, de presencias plenificantes, se pasa al nuevo espacio violento, la calle.

La salida a la calle es cautelosa. La calle para un niño que se adentra por ella de su cuenta es violenta en sí misma dados los muchos peligros que ofrece y se hace más pugnaz si ese niño se desenvuelve en ella de forma agresiva.

La primera experiencia de calle tiene lugar en la misma comunidad de convivencia, la del barrio o la de los alrededores del bloque. Al principio se pasa en ella la mayor parte del día, fugado de la escuela, y regresando a la casa por la noche. Poco a poco se empieza a dormir también fuera de la propia familia, en algún vehículo abandonado, en casa de un amigo circunstancial o en cualquier otro lugar solitario. La violencia ahora es ya medio obligado de sobrevivencia. Pronto el niño se integra a la primera pandilla, el grupo que ha hecho de la calle su espacio de vida y acción.

Nelson nos da una idea de cómo puede ser la calle del barrio para el niño o el joven que, desligado de la familia, se integra en ella. “Cuando tenía ya quince, dieciséis años, me la pasaba por ese callejón... ahí comencé a presenciar cuestiones... el primero que mataron fue un chamo de por allá arriba que era amigo de nosotros y vaina; él jugaba basket conmigo... allí empezaron los problemas, que no podíamos bajar por aquí, por la calle, porque estaban los chamos de ahí que querían jodé a las personas... se la pasaban muchos muchachos aquí detrás de la casa consumiendo y broma y yo era uno de ellos ... y andábamos por ahí todo el día, jodiendo todo el día sin hacer nada, sin trabajar ni nada” (ib. 762).

La salida definitiva a las calles de la ciudad, alejadas de la familia, de la casa y del vecindario se da en todos los casos en los primeros tiempos de la adolescencia.

“Entonces... yo tomé mi camino, ¿no?, y me fui a la calle y empecé en un mundo, a caminar, desde los once años, y a pedir dinero y hasta robando. Llegó un... un sujeto... y me ofreció mariguana” (ib. 40). En realidad

su salida fue un poco después, quizás en torno a los catorce. Alfredo no precisa muy bien las fechas. En estas líneas está bien resumido el proceso de integración al espacio violento de las calles: todo un mundo, vagabundeo, pedir, robo, droga.

Similar es el proceso en José: “Entonces, me vine pa Petare. Y empecé ahí; yo dormía en el monte y en carros y eso. Me junté con un poco de mandrillos... una pandilla de muchachos que andaban echando bromas por la calle, cuidando... me pusieron a cuidá carros... salíamos de noche a, como se dice, a hultá por ahí. Caí preso. Ya tenía catorce años” (ib. 177).

Los catorce es también la edad crítica de Héctor: “A partir de los catorce, chama, empecé tener problemas... me empecé a... empecé a hablar con un chamo que... malas ajuntas, y a raíz de eso, dejé los estudios. Me empecé a meté en problemas. Este... empecé a dale tiro a la gente, chama. ¡Paj, paj!” (ib. 309). Un año después ya tenía seis muertos encima.

“Ya tenía como trece años cuando salí pa’ la calle” (ib. 429). Es Tata quien habla.

Desde la temprana adolescencia, la calle es para todos el espacio de vida, una vida que está en la violencia y que produce su propia violencia.

La vía

Pronto la calle se convierte en “la vía”. “Entonces, fui creciendo por ahí, en la vía”. Palabras de Alfredo (ib. 46).

¿Qué es esa “vía” a la que todos se refieren?

La “vía” es a la vez una palabra, un concepto y una experiencia que sirve como metáfora integral, no solo lingüística, sino también vivencial, de otra metáfora, el camino de la vida delincuencial violenta, que cada uno recorrerá hasta su muerte.

La vía proviene de la experiencia urbana, pues en el campo no hay calles, las calles son los caminos de la ciudad. Es, pues, un concepto construido sobre la referencia

del espacio físico urbano pero se trata de un espacio fundamentalmente humano. En esto los delincuentes violentos participan de los significados profundos del mundo-de-vida popular venezolano. Para el venezolano popular todo espacio está humanado, nada es solo y predominantemente físico. Como he dicho en otros lugares, el venezolano no es un hombre de naturaleza, sino de humaneza (Moreno, 2008b).

La vía es la calle transformada en la corriente de la vida que se va viviendo en el discurrir cotidiano de la existencia fuera de toda norma, camino asocial, amoral, externo, de las puertas del mundo familiar hacia fuera, violento, objetivo en cuanto independiente de los sujetos que lo recorren, dejado a sí mismo, a una ley interna que va surgiendo y conformándose en él, momento por momento, sin un fin establecido, esto es, sin obedecer a ningún proyecto y convertido en ineludible destino. Vía y destino se conectan y hasta se identifican. La vía es fatal o, si se quiere, en ella hay una fatalidad. La vía no es lo que uno hace o los pasos que en ella uno recorre, sino lo que a uno le acontece, lo que le sucede sin buscarlo y sin programarlo. Programa y proyecto son, incluso, producto fatal de la vía.

Una vez que la calle se ha convertido en vía y en ella se ha integrado la persona, la vida ya no depende del sujeto, depende de la vía, aunque metido en ella el sujeto puede cabalgarla e incluso guiar, dentro de estrechos márgenes de opción, su desbocado galope.

De la vía nunca se sale si uno se ha ido entregando a ella desde temprana edad. Entrar en la vía es caer en el juego del destino. La vía-destino es a la vez excusa y *álibi* para todos los crímenes. Ella carga con todas las culpas y así libra de cualquier responsabilidad la conciencia del criminal.

Mientras no hay nadie que se sienta más libre que un delincuente violento, pues no tiene ningún tipo de cortapisa interna para la realización del deseo, nadie se siente tan fatalmente obligado a dejarse guiar por esa rígida e inflexible libertad que, así, acaba siendo una esclavitud. La esclavitud de la vía en la que no se puede hacer otra cosa, sino dejarse llevar por la pura gana.

La cárcel

De la calle se pasa en algún momento, inevitablemente, a la cárcel, a ese “cementerio de hombres vivos”, como lo llaman los reclusos con una expresión que recuerda muy de cerca los versos que Calderón pone en boca de Segismundo, el protagonista de “La vida es sueño”, cuando dice que la celda en la que está encerrado es: “... de un vivo cadáver sepultura”.

La cárcel es el espacio en el que la violencia se exacerba y llega a su máxima expresión, a niveles difícilmente superables por la más fecunda y desbocadamente morbosa fantasía.

En ella rige, ante todo, la violencia de la irracionalidad. “Una vaina loca”, como dicen nuestros sujetos. No saben expresarse al respecto de otra manera. Loco, es el término que repiten cuando de ella hablan y el que mejor indica la cualidad del presidio, pues en ese adjetivo va incluido todo lo incomprensible, lo fuera de sentido, lo que pertenece a otro mundo, uno en el que no rigen las reglas de lo que siempre se ha entendido como humano, donde la única regla es la no regla de la arbitrariedad absoluta. Mundo loco como son locas “las vainas que uno sueña cuando está drogao” (ib. 769), nos dice Nelson.

Es loco un mundo en el que es normal darle una terrible paliza a una persona simplemente porque llega al sitio, como le sucede a José cada vez que cambia de prisión; y lo tiene que hacer cada ocho meses. La paliza al nuevo, por parte de los agentes del orden, policías o guardias, es ritual obligado. Todos lo refieren.

“Lo que pasa —dice el mismo Nelson— es que uno tiene una visión de una forma y resulta que es otra. Lo que está pasando dentro es otra vaina de lo que dicen los medios de comunicación, los periódicos; todo eso es mentira” (ib.761).

Nuestros sujetos insisten en algo que no logran expresar, sino repitiendo y repitiendo casi siempre con las mismas palabras esa experiencia realmente inexpresable. Lo que ellos viven o han vivido en la cárcel nadie lo puede pensar en toda su realidad. El que no ha

pasado por ello siempre tiende a creer que lo que ellos relatan es una exageración. No puede tomarlo en serio, totalmente en serio.

“Cuando me llevaron pa’ la prisión, pa’ esa vaina loca por allá, bueno, eso fue llegando y a llevá coñazo, como un cochino cuando lo están matando. Y eso era llegando y coñazo. Y por allá coñazo y por acá coñazo. Y... bueno, yo no sé. Yo dije: Dios mío, ¿dónde estoy yo, vale, pa dónde me trajeron? Eso es un infierno. Eso es una carnicería humana, esa broma (ib. 731)”. Es parte del relato de Alberto. Y más adelante (ib. 732): “Tú entras y... ¿pa’ dónde voy yo? Pa una pichera, pa’ una cochinera, pa’ una zanja de esas locas en el Guayre... Broma jedionda... que gusanos, hileras e gusanos así, caminando... tú pisas los gusanos así como si nada”.

Se da una continuidad entre la calle, su violencia y sus delitos, y el mundo de la cárcel, el cual viene a ser la derivación extrema de los espacios de la violencia, pues en él esta se halla libre para manifestar todas sus potencialidades dado que no está sometida a ningún control racional, sino que se encuentra librada al juego del arbitrio y a la pugna de poderes. La institución acaba siendo componente orgánico del mismo mundo de la violencia. Caer en la cárcel no es, así, salir del espacio del delito violento, sino llegar a aquel en el que el delito está absolutamente libre.

El presidio es, sobre todo, el lugar privilegiado de la muerte personal y colectiva. José, que en la calle comete acaso dos asesinatos, en la cárcel, según su narración, asesina a once de sus compañeros.

Casi todos nuestros sujetos cuentan una o más de una de las que ellos llaman masacres, o lo que es lo mismo, asesinatos en masa producidos por los mismos presos pero también por las fuerzas del orden. Son narraciones de episodios atroces que vienen a constituir una especie de antología del horror.

Extracto de la historia-de-vida de Nelson (ib. 769): “y cuando veo por la ventana, lo que veo es una vaina que no se veía la otra torre porque el humo no dejaba ver. Estábamos trancaos con candao. La puerta estaba trancá con candao... Nosotros estábamos en el pa-

bellón tres y la vaina era en el pabellón uno. Un vigilante loco parece que agarró y tiró una bomba molotov pa dentro y empezó a quemá los tipos, parece que le pagaron algo. Los tipos se estaban quemando. Como era pura sábana y pura colchoneta empezaron a agarrá candela”. Fueron muchos los muertos por el fuego.

“Uno bajaba una vez al patio, una vez a la semana bajaba al patio y caminaba, pero no se podía caminá porque le echaban tiros de arriba. Si tú tenías culebra o problemas con alguien... El pabellón tres tenía problemas con el pabellón dos; a to el que estuviera abajo en el patio del pabellón dos, el pabellón tres le entraba a tiros”.

“Al rato entró la policía y cerró. Cerró la reja y le entró a tiros. Mataron un poco e gente ese día. Los policías con las escopetas y las ametralladoras... echando tiros y matando gente...”.

Una forma-de-vida

En estos espacios que son a la vez físicos y simbólicos, materiales y espirituales, esto es, humanos, afectivos, vivenciales, relacionales y culturales, todo ello en un solo complejo de significatividad impregnado de violencia en todos sus intersticios, se da el proceso de producción de la persona al que hemos calificado como personalización por la violencia. La historia del delincuente violento es, así, una historia de delito y violencia. Esta lo acompaña desde pequeño y se le va introduciendo en la estructura de su persona de modo que llega a constituir parte esencial de su vida, a convertirse para él en una manera “normal” de vivir. En este sentido la violencia lo va formando, lo va produciendo, lo va creando como persona concreta.

De esta manera, la delincuencia violenta viene a ser toda una forma-de-vida en la que los sujetos se van introduciendo y que se va convirtiendo en su manera específica de estar en el mundo.

La forma-de-vida violencia delincuencial es un concepto, o quizás mejor, un constructo, que los investigadores hemos tenido que elaborar para convertir en significado y darle un nombre a lo que la realidad encontrada en la investigación nos mostró.

Vimos que la violencia delincuencial no es un conjunto inarmónico ni una sucesión inconexa de conductas y acciones, sino toda una manera de situarse en la vida, de pensar y sentir cada uno de sus momentos, una hechura cognoscitiva, afectiva, volitiva y actitudinal compleja que define toda la historia de un sujeto y da cuenta de él. A esta estructura que forma totalmente una vida es a lo hemos llamado forma-de-vida violencia delincuencial.

Es una realidad concreta constituida como totalidad práxica de ejercer la vida, de dar significado al mundo que se vive, un modo de existencia, un sistema concreto de condiciones de posibilidad del vivir, en cuanto no es posible ya vivir fuera de esa forma u horma, la actualidad y el futuro de la existencia, el discurrir de una historia en el tiempo.

El espacio cultural

Esta forma-de-vida está situada en el mundo-de-vida popular venezolano. Ese es su espacio antropológico cultural.

Del mundo-de-vida popular venezolano hemos hablado quienes formamos el Centro de Investigaciones Populares, en numerosos escritos.

El núcleo de sentido y de práctica que lo unifica y lo convierte en mundo compartido por todo un pueblo, lo que lo distingue e identifica, es el ejercicio cotidiano, eso que he llamado practicación, de la relación convivial. De ahí que hayamos dicho que el hombre venezolano es, antes que cualquier otra cosa, un *homo convivalis* (Moreno, 2008b).

Precisamente, lo que nos indujo a llevar a cabo esta investigación fue la inquietante pregunta sobre las relaciones de la vida del delincuente violento con el mundo-de-vida del que proviene. El contraste se nos presentaba tan extremo que nos parecía dotado de una contradicción insalvable: ¿Cómo en un espacio cultural signado por la convivialidad puede surgir el delincuente violento y sobre todo el que, como el joven actual, ejerce una violencia tan desatada y tan atroz?

Ante todo, y para ubicar muy resumidamente la respuesta resultante de nuestro

trabajo, hay que señalar que los significados que constituyen a la violencia delincencial en forma-de-vida dentro de la convivialidad del mundo-de-vida popular se caracterizan por ser maneras desviadas, transgresoras, distorsionantes, fuera de norma, extralimitadas, pero no negadoras de vivir los significados populares. Estando en el mundo-de-vida popular y poseídos por sus códigos, estos sujetos los distorsionan en su práctica, a la manera, para darnos una idea, como el que coloquialmente llamamos loco distorsiona su cultura pero no puede sino ser loco según su cultura.

Ahora bien, en la entrega de nuestros sujetos a la violencia no solo se dan las distorsiones, desviaciones y transgresiones que he señalado, sino también y antes que nada, significativas ausencias, esto es, prácticas culturales no practicadas ni experimentadas en los momentos críticos en que la mayoría de las personas de su mundo las viven.

La primera práctica, la fundamental del mundo popular, de la que no tuvieron experiencia desde los primeros instantes de su vida fue precisamente la relación convivial positiva, cargada de afectividad matricentrada. Esa práctica no se ejerció con ellos por fallas esenciales en la función de maternidad dictada por la historia y la cultura, y ellos, por lo mismo, no la pudieron ejercer. Así, pues, esa ausencia crea un vacío en el punto preciso en que la persona engarza con la cultura de su mundo. Desde ese momento, toda relación de convivencia estará dañada.

Como el delincuente violento vive en ese espacio cultural, no tiene más remedio que moverse en la trama de esas relaciones y participar de su cualidad, pero nunca estará plenamente integrado a su sentido y por ende no sabrá hacer otra cosa, sino practicarlas fuera de las leyes internas que las rigen, fuera de lo que llamaríamos su propia lógica.

¿Cómo, entonces, practica el violento la relación convivial, en la que no tiene más remedio que hallarse situado, si no puede acceder práxicamente a su sentido?

El venezolano normal practica las relaciones de su mundo al modo familiar, expresa su vivir la relación y vivirse como relación,

practicándola por la relación misma, sin ninguna finalidad que la sobrepase. Esto por lo menos en principio. En la relación acontece la persona y ella acontece en la persona, la cual en todo la practica y la celebra.

Como he dicho, el delincuente violento de origen popular no puede situarse fuera de la relación. La diferencia con el hombre normal está en que la ejerce con una fundamental distorsión. Le da un fin a la relación. Se la apropia y la vuelve sobre sí mismo, esto es, refiere a sí, no a los otros, la trama relacional y la utiliza para el logro de sus propios intereses. Se integra a la trama para ponerla a su servicio, pues no puede vivir desde el fondo de sí el sentido de la relación popular que no es para utilizarla, sino para vivirla.

Como conoce por práctica secundaria-mente aprendida en su mundo cultural las claves de la trama relacional, la puede manipular, siempre en autorreferencia, para la afirmación de sí, para el protagonismo de su yo.

De esta manera la relación es convertida en poder. La relación convivial pasa, entonces, a ser opresiva, violenta e incluso sádica, fuente de placer por la dominación que ejerce.

El espacio social

Utilización y manipulación es como funcionan también los vínculos en el grupo. La relación referida al grupo, comunidad o sociedad, propia del venezolano popular, que tiene siempre como trasfondo la familia matricentrada, nosotros hemos dicho que es de corto alcance, limitada a los cercanos y excluyente de los extraños pero muy abierta a la ampliación, esto es, siempre es posible integrar entre los cercanos a cualquier extraño que cumpla con alguna condición nada exigente por cierto. El delincuente violento lleva la tendencia limitante hasta el extremo de modo que se forman grupos pequeños cerrados vinculados por el afecto momentáneo, no duradero, fugaz y lábil, pero en ese corto tiempo muy fuerte, fortaleza vinculante aprendida en la horma familiar aunque no haya sido vivida. Por no vivida, es fugaz y momentánea.

Es la banda. La banda se constituye como grupo de convivientes, a la manera cul-

tural del mundo-de-vida popular, no como grupo de cómplices lo cual no significa que no lo sean acordados para una acción, una tarea o un proyecto de larga duración como estamos acostumbrados a leer en la literatura predominante sobre el tema. No coalición de intereses, en principio, sino grupo de vida, de convivencia. Esto funciona así tanto en la cárcel como fuera de ella.

Se trata, de todos modos, de una relación que no se compromete. Nunca hay compromiso real con nadie. De fachada sí, lo cual explica la frecuencia de la traición no obstante se pague con la muerte. Puede haber coincidencia, convivencia relacional transitoria, pero no compromiso ni dual, de pareja, ni grupal. Así, la relación es usada, desde dentro de un mundo de por sí relacional.

El trasfondo cultural explica también la manera de ser de la banda. Todas las historias-de-vida nos hablan en uno u otro modo de las bandas en las que se integra su protagonista, pero ninguna nos habla de su estructura, su organización, su orden de jerarquías. Quiere esto decir que ese aspecto o no existe, o no es muy relevante, o no se vive como significado importante. De lo que sí se nos habla, en cambio, es del mundo de relaciones que la banda comporta. Es el mundo de la vida lo que para ellos significa, no el de la organización. Cuando aparece algún tipo de jerarquía, se trata de una organización blanda, centrada más en la relación convivial, siempre superficial, que en reglas rígidas, un orden, diríamos, de tono materno, no paterno, esto es, culturalmente matricentrado. Las bandas del narcotráfico son otra cosa, pero de ellas no hemos tratado en nuestro trabajo.

Esta es la constante en el modo de ser de la banda hacia dentro. Hacia fuera, hacia las bandas rivales, y todas lo son unas de otras, la banda es un grupo para matar, pero un grupo en comunicación directa, un grupo de respuesta inmediata, arriesgada y atrevida, no un grupo organizado que planifica con exactitud y ejecuta con eficiencia técnica.

Con esta esquemática referencia a la banda, he esbozado ya lo que podríamos considerar el espacio social, micro, de la violencia en nuestro estudio.

El espacio social más amplio en el que discurre la vida cotidiana del delincuente violento, cuando no está en la cárcel, es la comunidad popular de un barrio o una urbanización de bloques con la que dicho sujeto mantiene una relación ambigua, de sí, pero no precaria, manipulativa, ordinariamente tranquila o con violencia de tono menor, esto es, no sangrienta consumo y distribución de drogas, imposición en la licorería, amenazas sin llegar a ejecutarlas...etc. y, cuando ella menos se lo espera, de tono mayor, con tiros, sangre y muerte, pero no dirigida a la comunidad en cuanto tal ni a las personas de la misma, sino a la banda contraria o a aquel con quien solo o en grupo tiene “culebra”, esto es, conflicto mortal.

La comunidad en la que se reside no es el espacio propicio para ejercer la violencia porque sería minar las bases de la propia seguridad. La violencia delincuencial y criminal se ejerce fuera, en las urbanizaciones de clase media y alta, en las avenidas de la ciudad, en los centros comerciales, en los estacionamientos para carros de lujo, etc., donde hay algún beneficio importante que obtener con ella. También se ejerce en los otros barrios o en las otras comunidades populares, pero entonces se trata de solventar rivalidades y cobrar venganzas de muy diverso tipo.

Las relaciones entre el delincuente violento y su espacio social han cambiado mucho a lo largo del tiempo en cuanto a tendencia general y cambian también en un mismo lugar de un día para otro según las circunstancias.

Hemos logrado rehacer de alguna manera este proceso en Venezuela desde los años cincuenta hasta nuestros días. Hemos podido dividir, *grosso modo*, la historia de estas relaciones en los últimos cincuenta años en tres períodos: tiempo antiguo —años cincuenta y sesenta—, tiempo medio —de los setenta a mediados de los ochenta—, tiempo nuevo, esto es, desde los noventa hasta nuestros días.

Tradicionalmente, lo que corresponde al tiempo antiguo, la comunidad había llegado, espontáneamente, esto es, sin planificación ni deliberación, a algunos acuerdos implícitos con sus delincuentes para poder sobrevivir en cierta paz y para mantenerlos

bajo el máximo control posible dentro del vecindario. Así lograban sobrevivir bastante bien tanto los delincuentes como la comunidad de la gente normal.

Por la historia-de-vida de José, quien tiene ahora cerca de setenta años y se formó en la violencia por los años cincuenta, sabemos cómo funcionaban estos acuerdos. Todo el mundo en la comunidad sabía que él era ladrón, y presencié por lo menos uno de sus asesinatos, pero, como él mismo dice: “La gente me conocía y me respetaba”. Era un “malandro” que tenía claras sus áreas de acción, su papel dentro del barrio. Primera condición para él, era no meterse con la comunidad. Si uno no se mete con la comunidad, esta le asigna un rol y esa asignación funciona como un dispositivo de control. Así, si los más jóvenes, por la inconsciencia propia de la edad, robaban a algún vecino, José se encargaba de que lo robado regresara a sus dueños. Y nos da la razón (ib. 276): “Me perjudicas a mí que me la paso aquí con esas cosas. No quiero tener problemas con el gobierno por culpa de ustedes”. Tiene la función de proteger contra los abusos de los imprudentes y contra las agresiones de los delincuentes externos. En este sentido, defiende al barrio mejor que la policía. Al mismo tiempo, orienta a los nuevos, controla las armas e, incluso, el consumo de drogas fijando los lugares y los tiempos en que se puede consumir y aquellos en los que no. De esta manera impide la iniciación de los niños, algo altamente valorado por la comunidad.

Siempre hubo en ese tiempo que llamamos antiguo algún delincuente de cierta edad que cumplió funciones similares en las distintas comunidades populares. La comunidad, por su parte, no lo denunciaba, lo encubría cuando había algún operativo policial, algunos compraban y escondían los productos de sus robos vendidos a muy bajo precio, etc. No es que aprobara su conducta pero la toleraba. Actitud permisiva y hasta cierto punto cómplice que, sin embargo, posibilitaba una seguridad y un control que ninguna policía ha garantizado nunca.

Estos dispositivos se mantienen más o menos atenuados durante el período medio. El delincuente de esa época ya no conserva lo que el antiguo mantenía por la inercia de

la tradición, ese respeto hacia los convecinos aprendido porque no era concebible otra cosa, pero todavía procura convivir lo mejor posible en su comunidad. No ejerce las funciones de protección y control que ejercía el otro, pero trata de vivir como uno más sin mostrar conducta violenta en su propio entorno.

Es a partir del “caracazo”, el 27 de febrero de 1989, cuando las cosas cambian drásticamente. Muchas fueron las consecuencias de esos días que permanecen todavía en la penumbra. En el ámbito de la delincuencia violenta hubo por lo menos dos que todavía influyen: la edad del delincuente bajó súbitamente hasta los doce, trece y catorce años, con todo lo que eso significa en cuanto al descontrol de la conducta y a la irresponsabilidad total en la acción propias de un preadolescente o un adolescente temprano, y aumentaron mucho las armas de fuego en manos de esos mismos muchachos. Añadamos a eso la difusión del consumo y tráfico de la droga en estos últimos años. Surge ahí el período que hemos llamado nuevo y en él el delincuente nuevo.

Si el “malandro” antiguo pertenecía de algún modo a la comunidad, estos nuevos son cuerpos absolutamente extraños para los que no hay lugar de ningún tipo. La comunidad trata de expulsarlos ya sea recurriendo a los cuerpos represivos oficiales, ya organizando grupos de defensa internos parapoliciales, ya sea radicalmente linchándolos, pero eso en casos muy extremos aunque menos raros de lo que ordinariamente se piensa.

Los tradicionales controles que la comunidad popular lograba ejercer, basada en la necesidad que el delincuente tenía de un cierto grado de aceptación en su propio ambiente, han sido superados por la actual actitud del nuevo, a quien no le importa en absoluto si es aceptado o no. La aceptación ha sido sustituida por su capacidad brutal y directa de imponerse, de ejercer el poder sobre cualquiera, el predominio de sus puras ganas con las armas más mortales.

Sin embargo, se asoma en estos momentos una pequeña luz de esperanza. Las comunidades logran de alguna manera autorregularse. En los tiempos más recientes hay indicios de que el “autocontrol” se está re-

construyendo por lo menos hasta cierto punto. Ha vuelto a aparecer, en efecto, en algunas comunidades, el “malandro” mayor, uno que puede estar rondando los treinta años, cosa excepcional, pues sus colegas no suelen superar los veinticinco, quien, después de haber eliminado o sometido a sus rivales de bandas y “culebras”, ejerce dominio completo sobre el delito en el vecindario y lo regula siguiendo en cierto modo la pauta de los antiguos.

El espacio psicológico

En estos espacios físicos, culturales y sociales se forma una personalidad, crece y se desarrolla el receptáculo interno de una psicología violenta. La sede psicológica o espacio psíquico de la violencia.

La forma-de-vida violencia delincuencial se constituye como una decantación e internalización en cada sujeto de todos esos espacios transidos e impregnados de violencia. Esta internalización en la que se integran de manera orgánica los factores personales con los ambientales, sociales y culturales, es de hecho la estructura psicológica de cada delincuente, el espacio individual en el que la violencia se convierte en acto y en persona, el canal por el que su corriente discurre.

La estructura psicológica es la que pone en funcionamiento la forma-de-vida de la que venimos hablando, en cuanto esta no es una entelequia que subsista por sí misma, sino que solo tiene realidad en cada uno de los sujetos que la encarnan.

Esta estructura, por otra parte, adquiere consistencia, coherencia y lógica interna de un núcleo dinámico que da razón de actitudes, percepciones, afectos y conductas. A ese núcleo dinámico lo hemos identificado como: la centralidad autorreferente de un yo subjetivo expansivo y sin límites como proyecto vital.

Este significado central en todas las vidas de nuestros sujetos, afirmar su yo sobre y contra todo límite, lo encontramos en cada cual a su manera. El límite principal son los otros.

“Lo quería matar, pues, porque la mente mía era esa, porque no me dejaba por nadie ... yo soy una persona que no me dejo montá la pata por nadie ... tú no vas a poder más que yo, pues” (ib. 547)”, dice Frank.

“Yo no quería que me estuvieran sometiendo” (ib. 311). Con esta frase Héctor explica y a la vez justifica su conducta extremadamente violenta. Héctor es la realización llevada hasta el máximo de ese significado central en todas las historias-de-vida.

Por sometimiento ellos entienden cualquier tipo de control, sea este familiar, social, legal, racional o afectivo. Cualquier límite impuesto a la expansión extrema de su yo. Ante el límite se yergue la defensa que se expresa en el ataque brutal encaminado a la destrucción del mismo.

Se trata, pues, de exaltar el yo en la comunidad y en la sociedad, lo cual implica obtener lo que ellos denominan “respeto” por el temor y el sometimiento ineludible de los demás, el reconocimiento de su superioridad e importancia por cualquier medio⁵.

El “respeto” es una de sus motivaciones centrales. Todos lo buscan como valor fundamental. Pero, ¿qué entienden por respeto?

Héctor nos dice que veía cómo “a los malandros los respetaban (ib. 312)”, esto es, que a ellos todos se sometían y ellos no estaban sometidos a nadie. El respeto es pues, una cualidad de superioridad que posee el delincuente y una actitud que no tienen más remedio que asumir los demás hacia él. El respeto, por tanto, es ejercicio de poder sostenido sobre la violencia. El respeto no se gana, se impone. “Tenía el poder (ib. 47), dice Alfredo cuando estaba arriba, por encima de todos. Poder y arbitrio se identifican.

Por eso siempre narran sus acciones dando a entender que ellos poseen algo que los pone sobre los demás. Así, no narran propiamente hechos de su vida. Narran hazañas, grandes aventuras, heroicidades, acontecimientos grandiosos destacados ya sea por la viveza en la forma de cometer el asesinato,

⁵ En esto del respeto como motivación predominante coincidimos, de manera independiente con los hallazgos de otros investigadores, especialmente los de Verónica Zubillaga (2007).

por su frialdad e indiferencia ante el mismo, por su habilidad que sobrepasa a la de todos, por su atrevimiento o por la capacidad demostrada de tener sometida a toda una comunidad, a una banda, a un enemigo.

Centrados en sí mismos, nunca se descentran. Esto implica estar al mismo tiempo fijados en gozar la vida sin límites de ningún tipo, ni morales, ni afectivos, ni familiares, ni racionales, como quien sabe que acabará pronto, pues todos están conscientes de que no vivirán más allá de los veinticinco años. Cuando se les presenta la ocasión, se entregan al goce orgiástico, desenfrenado, de la droga, el alcohol, el sexo, la violencia más sangrienta, la imposición del poder, y de ello se glorían.

Cerraré este esbozo de la psicología del violento, dado que no puedo extenderme sobre lo mucho que al respecto nuestra investigación nos aporta, con una referencia a su afectividad.

Desde niños los delincuentes violentos, como he señalado, han vivido en ambientes familiares en los cuales la afectividad que impregnó todo el discurrir de su existencia era cualitativamente violenta, una violencia que consistió sobre todo en el abandono caracterizado por el descuido, el rechazo, la indiferencia, eso que coloquialmente nombramos como ninguneo, pero ninguneo real, continuado, persistente, sin resquicios. De aquí la procura obsesiva de reconocimiento. El respeto no es sino necesidad de reconocimiento. Todos sus afectos —deseos, apego, goce, sufrimiento, amor propio, tristezas, alegrías, etc.— están centrados en la búsqueda de satisfacer esa necesidad de reconocimiento. En este marco, la emoción es reprimida para no permitir dudas o hesitaciones en el momento de la acción. Por eso podemos hablar de completa frialdad afectiva o anafectividad patente sobre todo en actos de crueldad extrema e indiferencia ante el sufrimiento de las víctimas.

“Convidé a uno pa que me acompañara —es Juan Gabriel quien narra—, lo amarramos, le dije al chamo que lo matara, no quiso. Le dije: matalo que los muertos no hablan. Tuve que matalo yo y... fui a su velorio como si nada hubiera hecho. Fui pa su velorio” (ib. 360).

Héctor, quizás el más cruel de todos nuestros sujetos, también fue al velorio de una de sus víctimas: “... la jeva picho al marío y lo agarré y le di siete tiros en la cara: hasta fui al velorio d’él y todo. Lo vi, le di el sentido pésame a uno y todo” (ib. 325). Eso es lo que en el argot, se dice: tener sangre fría.

De nuevo es Héctor quien mejor lo expresa: “... yo como era más sangre fría, bajé, le di un poco e tiros en la cabeza y a raíz de eso, bueno, seguí, seguí teniendo homicidios” (ib. 326).

Se puede decir que en ellos la afectividad es estable en cuanto a su orientación básica fría y decididamente egocéntrica, e inestable, lábil, fugaz, en cuanto a los recursos puestos al servicio de ese centro y que siempre son objeto de manipulación: la familia, la pareja, los cómplices, las relaciones humanas en general.

Si, como se suele decir en psicología, lo afectivo es lo efectivo, porque la orientación cualitativa de la afectividad dirige la conducta, un cambio en la dirección conductual del delincuente violento no se puede dar sin un cambio en la cualidad de la afectividad, pero esta ya está fijada desde la infancia.

Consideración final

La historia de la violencia que hasta aquí he esbozado ha seguido desde los años cincuenta hasta hoy un proceso de progresiva autonomización. Si ella en tiempos de los antiguos no era autónoma de la sociedad, de la comunidad popular, de la policía y de la opinión de los vecinos, lo cual no impedía que el delincuente delinquiera pero lo sometía a ciertos controles, en estos momentos se ha hecho completamente autónoma. Ninguno de los antiguos dispositivos ejerce presión sobre el delincuente violento “nuevo”. Se trata de una autonomía desprendida además de todo rastro de los valores de la cultura común, de todos los significados del mundo-de-vida popular, de todo lo que se ha conceptualizado como humano en la tradición, huellas de lo cual quedaban todavía en los antiguos. Esta autonomía del nuevo es también un total desarraigo. El delincuente violento actual, el joven que está entre los quince y los veinticinco años, no se

sostiene sobre nada ni está ligado a nada, ni a la familia, ni a la madre, ni al amigo, ni a la tierra, ni al cielo, ni a la naturaleza, ni a la humanidad. Está sostenido solo sobre sus propios mecanismos de acción. Esta integrado de lleno a eso que podríamos llamar la subcultura de la acción por la acción misma, esa que vemos reflejada en numerosas películas o programas de internet y de televisión, una acción no precedida por ningún momento de reflexión, ninguna mediación afectiva, ningún proceso verbal. Lo terrible es que la acción de estos sujetos es mortal.

“Me dieron una cachetá y le di cuatro tiros al chamo” (ib. 312). Cuando esto sucedió, su actor, de nuevo Héctor, tenía catorce años.

Lo mismo Juan Gabriel (ib. 360): “Maté al tipo porque me amenazó Todo fue... casi... no te digo como... planea, no, porque no planié nada, eso fue de pronto”.

Respuesta instantánea, sin mediación

Precisamente, por su autonomía total, esta violencia es hoy un gravísimo problema social que toda la sociedad tiene que tomar en serio. Impulsada por su necesidad de defenderse, la sociedad, hoy, pasa por alto que no podrá elaborar defensas eficaces si primero no se detiene a buscar cómo comprenderla, cómo desentrañar sus leyes internas de producción y reproducción, la lógica que le da su propio sentido.

Bibliografía

- BRICEÑO LEÓN, R. (2007), *Violencia en Venezuela*, Caracas, LACSO,
- BRICEÑO LEÓN, R. (2008), *Inseguridad y Violencia en Venezuela*, Caracas, Alfa.
- FERRAROTTI, F (1983), *Storia e storie di vita*, Bari, Laterza
- FERRAROTTI F. (1986), *La storia e il quotidiano*, Bari, Laterza
- FERRAROTTI, F. (1987), *Il ricordo e la temporalità*, Bari, Laterza
- MORENO A. (2008^a), *¿Padre y madre?*, Caracas, CIP.
- MORENO, A. (2008b), *El Aro y la Trama*, Miami, Convivium Press
- MORENO A. *et al.* (1998), *Historia-de-vida de Felicia Valera*, Caracas, CONICIT.
- MORENO, A. *et al.* (2003), *Buscando padre*, Valencia, Universidad de Carabobo
- MORENO, A. *et al.* (2009) *Y salimos a matar gente*, Caracas, CIP.
- VETHENCOURT, J. L. (1974), *La estructura familiar atípica y el fracaso cultural en Venezuela*, en: *SIC*, 362
- ZUBILLAGA, V. (2007), *Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta en los barrios de Caracas*, *Espacio Abierto*, n° 50.